Año IX — Barcelona 24 de Abril de 1912 — Epoca 4.ª—Número 106

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

¿Todo podrido?

Tal es la podredumbre que existe en la política española que por todas las partes de su cuerpo aparecen pústulas que denotan su corrupción. Tanto los partidos monárquicos, como los republicanos y hasta el socialista, están demostrando que la política es el arte de engañar á los pueblos, y que el Estado no es otra cosa que la congregación de una minoría holgazana que vive á expensas de una mayoría trabajadora.

Los partidos monárquicos, que por disponer del presupuesto podían ocultar fácilmente sus inmoralidades y miserias, no pueden continuar por más tiempo la farsa. Ha bastado el malhumor ó el despecho de uno de sus personajes para que toda la trama salga á la superficie.

No hay partido liberal ni conservador. Sólo hay un personaje — Maura — que mueve á su antojo todas las figuras del retablo, y á su antojo también se distribuyen, entre parientes y compañías ó empresas que pertenecen á grandes potentados, gran parte de los millones que se niegan á canales de riego que fecundarían gran número de hectáreas de tierra, que permanecen improductivas por falta del líquido elemento.

Baste decir que á la empresa naviera del marqués de Comillas y á otras que sin parecerlo también son de este marqués, se las subvenciona con 22.000,000 de pesetas al año.

En el ramo de justicia se han descubierto, mejor dicho, se han hecho públicos por el despechado personaje, verdaderos horrores.

El hombre fatídico que negó el indulto á los cinco mártires de los sucesos de julio, que intentó impedir las corrientes de clemencia á un indulto que, como el de Cullera, á la piedad y humanitarismo unía un elevado sentimiento político, prohijaba á ministros que en su despacho oficial hacían mangas y capirotes de lo que ellos llaman tribunales de justicia.

Tal es, en fin, el estado en que ha dejado el señor Gasset á los partidos monárquicos, precisamente á los cuatro días de haber dejado de ser ministro, que únicamente por la cobardía, ó por la conveniencia interesada de los partidos enemigos del régimen podrán seguir usufructuando el poder.

***

No están en mejores condiciones los partidos republicanos. Sus desmedidas ambiciones, estando en oposición al régimen, son una clara demostración de que no son ajenos al presupuesto de la monarquía. Si la monarquía no fuera complaciente con los republicanos ó éstos no aceptasen estas complacencias, no estarían tan fraccionados, pues les uniría el deseo de conquistar el poder, es decir, el presupuesto. Como éste ya lo tienen conquistado, al menos los jefes, el advenimiento de la república les importa un bledo; hasta tal vez podría perjudicarles, pues se han dado casos, como en el ayuntamiento de Barcelona, en que los concejales radicales se han adjudicado un sueldo, especie de jubilación, antes de cesar en el cargo.

La derecha republicana ha anunciado, por boca de Melquiades Alvarez, que una vez en posesión del poder combatirá rudamente á los anarquistas y sindicalistas, y la izquierda, los radicales que tanto derroche hacen de la palabra revolución, ya no esperan á estar en el poder para combatirlos y los combaten por todos los medios, pues quieren ser ellos los monopolizadores de la revolución, para que ésta no llegue á realizarse nunca. Y cuando los anarquistas ó sindicalistas tratan de realizar algún acto que por complicación pudiera resultar revolucionario, ahí están los radicales actuando de delatores más ó menos encubiertos.

En las localidades donde las masas republicanas no están totalmente degeneradas por el necio espíritu de la disciplina, constantemente tienen que estar residenciando á sus concejales y diputados; en los que sólo reina una estúpida idolatría, la inmoralidad campa por sus respetos.

¡Ha llegado á proclamar el jefe, que prefiere hombres inmorales á hombres indisciplinados!

***

El partido socialista, dicho sea en honor á la sinceridad, no huele tanto á podrido como los otros, pero es impotente. Sigue llamándose obrero, porque le faltan burgueses con que nutrirlo. En Alemania, que ya es relativamente fuerte, se ha desprendido del adjetivo para llamarse socialista á secas. En Francia, que ya disfruta del poder, no sólo ha soltado el calificativo de obrero, sino que es su mayor enemigo cuando se dispone á mejorar sus condiciones de vida.

En España, dominado por la ambición, ha dado un cambio de frente uniéndose á partidos burgueses que días antes combatía. Véase lo que decía Pich y Creus, en su *Propaganda Socialista*, página 23:

«Sabiendo la verdadera fuente del mal que nos aqueja, no ha de ser la forma de gobierno la que ha de distraer á los obreros. El objeto de nuestros esfuerzos ha de ser la destrucción del régimen capitalista. Debemos ser partidarios de la revolución social, con exclusión de toda obra política. Por ejemplo, destruir la monarquía é implantar la república, sería como cambiarnos de traje, dejando en nuestro cuerpo la enfermedad. Díganse los gobiernos republicanos ó monárquicos, el verdadero remedio para nosotros consiste en abolir el régimen capitalista».

Hoy ya vemos al partido socialista. Unido al partido republicano, trabaja con ahinco por la república, y para ello emplea Pablo Iglesias una energía que nunca le habíamos visto, pudiendo asegurarse que el jefe del partido socialista emplea en ello más coraje que los mismos republicanos.

***

Todo está corrompido. El partido socialista *obrero*, reconocida su impotencia, aliado al partido republicano *burgués*; los republicanos sirviendo de puntal á la monarquía y traicionando á la parte del pueblo que en ellos confió, y los monárquicos entregados á las empresas de Comillas, Vickers, Tabacalera, etc., etc.

¿Qué queda sano aquí?

Unicamente el elemento obrero que ha vivido alejado de la política ó que ha sabido separarse de ella á tiempo, es quien se halla en condiciones para luchar contra todas las corruptelas que infeccionan el ambiente.

Para ello es preciso que se dé cuenta de que constituye una gran fuerza que organizada libremente puede dar al traste, no sólo con los corrompidos partidos políticos, sino hasta con lo que representan.

Si la injusta sociedad actual no tiene otros puntales que los podridos de la política, su desaparición sólo depende del esfuerzo del proletariado; esfuerzo que ha de ser producto de una unión de voluntades, que no puede adquirirse sino por medio de la divulgación de los principios sociológicos que propagamos los anarquistas, elevándonos á la condición de hombres que tienen conciencia de lo que son, de lo que desean y de los medios que han de emplear para conseguir la emancipación de la clase productora.

Huyamos del contagio de los partidos políticos. Recabemos nuestro derecho á vivir, á trabajar, á ser hombres; que sólo con el esfuerzo de todos los hombres que simpaticen con el bien, alcanzaremos el triunfo del ideal de justicia que nos inspira.

El ciclo de la rutina

El miércoles de la semana próxima será el 1.º de Mayo.

En ese día los católicos celebran la fiesta del apóstol Felipe y los socialistas la fiesta del trabajo.

He aquí la característica de tales fiestas en esa fecha:

Un Felipe, que no sé á punto fijo si es el diácono ó el apóstol festejado en ese día, convirtió á Simón, inventor de la simonía, así definida por el diccionario: «tráfico criminal de las cosas sagradas», cuya influencia y consecuencias ocupa lugar predominante en la historia.

La festividad del trabajo, transformación de enérgica protesta en liviana frivolidad, desvía al proletariado de la vía emancipadora.

No por culpa del Felipe festejado, sino por atavismo lucrativo y usurario, se inició en la propaganda evangélica de los primeros tiempos la tendencia que en el transcurso de los siglos ha dado lugar á que se hable de una religión del dinero.

Del mismo modo, tras el generoso sacrificio de los anarquistas de Chicago por la huelga de 1.º de mayo, ha sobrevenido la desviación político-socialista, que debilita las energías proletarias y prolonga la dominación del capitalismo

Los dos Felipes evangelizaron con sinceridad y por ello recibieron la palma del martirio; pero el neófito Simón pensó en comprar con dinero la gracia del Espíritu Santo, y aunque Pedro, el que hizo cantar tres veces al gallo, le aterrorizó con sus censuras, la idea simoníaca fundó un sistema que ha dominado constantemente y por el cual muchas veces se ha adjudicado la autoridad espiritual al mejor postor.

Los mártires de Chicago quisieron imponer la jornada de ocho horas á partir del 1.º de mayo de 1886, mas para que fracasara el enérgico movimiento obrero suscitado con tal motivo, surgió la bomba policiaca de Haymarket, el proceso subsiguiente y el sacrificio de cinco hombres inocentes, que el socialismo ha esterilizado con una mixtificación democrática que da babiecas á los comicios, despabilados á los parlamentos y masas de manifestantes al 1.º de mayo.

He ahí por qué los proletarios conscientes, los que alcanzan personalidad suficiente para no ser átomos de la masa, dan su merecido valor á la fiesta del trabajo y en general á las fiestas místicas, á las cívicas y á las puramente populares, dejando para las masas abúlicas y misoneistas que aun existen y que explotan los falsos redentores el cuidado de cantar y bailar al son que toquen los que se inspiran en el calendario, quienes celebran el patrón de su pueblo, asisten á paradas y procesiones, hacen corro á todos los charlatanes, dan juguetes á los niños el 6 de enero, se entusiasman el 11 de febrero, entierran la sardina un miércoles de marzo, comen bacalao y acelgas los viernes de marzo y abril, comulgan en abril, manifiestan en mayo, queman trastos viejos el solsticio de verano, visitan los cementerios y comen castañas el 1.º de noviembre, se hartan, embriagan y piden aguinaldos el solsticio de invierno, y vuelta á la rutina el año siguiente.

El día 14 de julio de 1790, primer aniversario de la toma de la Bastilla, se celebró en París la fiesta de la Federación, que se consideró como fiesta de la Igualdad y de la Fraternidad. Aquel día pareció haberse realizado el más bello, grande y justo ideal de la humanidad. Después de más de un siglo, el 14 de julio celebra Francia tradicionalmente aquella fiesta, que denomina de la República, haciendo en París y sobre el mismo terreno en que se juró el pacto fraternal, una terrible ostentación de regimientos, escuadrones, baterías, aerostatos y aeroplanos militares.

¡En qué degeneraría esa fiesta del trabajo si los trabajadores sindicalistas no se despabilaran á demostrar que no estamos para fiestas!

No; el proletariado consciente tiene algo más serio é importante que hacer, vista la incapacidad progresiva de la burguesía: ha de tomar por su cuenta la energía evolucionista que se desprende del funcionamiento del conjunto social, y ha de despojar de obstáculos la vía del progreso hasta llegar á la justificación de la sociedad.

ANSELMO LORENZO

Siempre de escabel

Puede avanzar cuanto quiera el progreso. Pueden los partidos políticos más ó menos avanzados *identificarse* con las aspiraciones del proletariado y justificar sus rebeldías. A pesar de sus cantos de sirena sólo quieren nuestra cooperación para hacernos servir de escabel, no sólo á todas sus concupiscencias y ambiciones, sino hasta para su defensa como clase.

Los trabajadores, para ellos, continuamos siendo los siervos de la Edad Media, que sólo se movían á impulsos de los señores feudales.

Hoy el feudalismo no existe en los castillos señoriales que aun quedan. Lo han *conquistado* los demócratas y republicanos de rayadillo que ahora se usan.

Hace poco tiempo publicamos un artículo titulado «La aristocracia de la prensa», y cuanto decíamos en él se ha confirmado con ocasión de la solicitada amnistía para los presos por delitos políticos y sociales.

Estaban — y están — las cárceles españolas llenas de obreros por delitos de esta índole, y únicamente las sociedades obreras y algún centro político de menor cuantía se preocupaba de los compañeros presos; pero cayeron dos periodistas de más elevada categoría, dos profesionales, y la prensa burguesa organizó una campaña en grande reconociendo que era indigno que á los *honrados* periodistas se les tuviera en la cárcel confundidos con los *criminales*. Y la campaña tomó grandes proporciones, abriéndose entre el pueblo un plebiscito por el que se recogieron centenares de millares de firmas en solicitud de *amnistía ó indulto general*.

Se nombró una comisión de eminencias del periodismo de todos los partidos políticos, y dicen que salió muy bien impresionada de la visita que hicieron al presidente del Consejo de ministros.

Nosotros que sospechábamos que al pueblo se le tomaba una vez más por escabel para conseguir la libertad de los dos aristócratas de la prensa—el teniente coronel Piñal y el redactor de *El Progreso*, Pahissa,—creímos que por esta vez nos habíamos equivocado, pues decía la Comisión que había que trabajar con preferencia por «los huérfanos de toda protección, por los obreros que habían tenido la dignidad de no escudarse, al escribir, en la inmunidad de los diputados».

Pero nuestra ilusión duró poco tiempo. Se ha repetido el eterno timo. En la última visita que la Comisión hizo al ministro, éste les dijo que no se hallaba propicio á conceder amnistía ni indulto general, y que sólo concedería indultos parciales. La Comisión se mostró altamente reconocida á las bondades del demócrata gobernante, y el pueblo, que pedía la libertad de sus hermanos, recibía una puñalada trapera. Seguramente se había hecho el pacto de libertar á los presos más significados de los partidos políticos, que era lo que se pretendía.

Después... *El País* nos ha dado la clave. Les ha sido concedida la libertad á los directores de dos periódicos madrileños, y hemos leído, tal vez escrito por las mismas manos que escribieron que principalmente había que libertar á los obreros, que Canalejas se conducía como liberal y empezaba á cumplir su palabra.

Ya sabemos, pues, que Canalejas había dado palabra de libertar á Pahissa, á Piñal, á Verdú y á algunos otros, muy pocos, que ya irán saliendo. Tal vez, con el tiempo, indulten también á algún obrero, para dar brillo á las gestiones de la Comisión, pero ello no desvirtuará que se ha tomado por mingo á los obreros para hacer carambola con los aristócratas del periodismo.

Nos alimentaba una esperanza, y hasta ésta ha quedado desvanecida. Era que de la Comisión formaba parte el señor Castrovido, que tan buenas campañas tiene hechas contra las injusticias gubernamentales.

Hubiéramos querido creer que Canalejas, que ha batido el *record* de la desaprensión, había jugado con la Comisión; pero no ha sido así; ella manifiesta estar reconocida á las bondades del ministro y asegura que éste cumple su palabra. Luego es la Comisión la que ha jugado con el pueblo, pidiéndole su apoyo para conseguir una amnistía reparadora, y dándose por satisfecha con un indulto vergonzoso.

Ahora, como siempre y como en todos los casos, han tomado al pueblo por escabel para el logro de sus deseos.

Para mayor ironía viene, á estas alturas, la burla del partido radical; de este partido que tiene buen número de correligionarios presos.

Cuando un poderoso movimiento de opinión pudo haber influído en el ánimo de Canalejas para la concesión de la amnistía, y en varios puntos de España se recogían firmas con este objeto, el partido radical se mostró indiferente, y ahora que ya se ha resuelto en sentido de no conceder más que indultos parciales, se disponen á recoger firmas para enviar un mensaje en pro de la medida justiciera. ¿Es esto una burla?

Queda demostrado una vez más que los obreros, los ciudadanos de tercera clase, importan poco á los hombres políticos. Aun puede que en esta conducta haya un cruel egoísmo y entiendan que no les es conveniente que no haya trabajadores presos, porque en época de elecciones ¿á qué plataforma electoral iban á echar mano?

La conjunción republicano-socialista ha prometido que no se aprobará en las Cortes ningún proyecto del Gobierno, si antes no se deroga la ley de jurisdicciones. Ya no es la primera vez que se han hecho amenazas parecidas, sin que se hayan ejecutado. Ahora ocurrirá lo mismo. Tienen los gobiernos argumentos *muy convincentes* para aplacar la cólera de los terribles oposicionistas.

Sin embargo, pronto lo veremos.

Las manos de las madres

> Lo mismo que las flores, sus modelos, nuestras manos deben hacer oficio de cáliz, que recoja el rocío y la miel, para nutrir el cuerpo y distribuirlo á otros seres que lo han menester.
>
> CÁRMEN SILVA

Una de estas mañanas paseaba por las afueras de la ciudad. Al pasar por una casa de pobre apariencia, me sorprendieron dolorosamente los gritos de un niño. En medio de la habitación que daba á la calle había una mujer de cara iracunda que descargaba golpes en la cabeza de un débil niño de seis años, que agarrado á las rodillas de ella, escondía el angustiado rostro entre las faldas, como si buscara auxilio en la misma que le maltrataba. Al alejarme con el corazón oprimido, le oí decir sollozando: «no me pegue más, mamita, que nunca volveré á perder *un cinco*».

—¡Pobre niño, me dije, seguramente ha perdido *un cinco* y por ello su madre le golpea! ¡Qué ironía!

Por *un cinco* borra todo recuerdo amable que ella podía dejar en el corazón de su hijo.

Continué mi paseo haciendo tristes recuerdos. La escena que acaba de presenciar, me hizo recordar á una dulce chiquilla que conocí ha mucho tiempo.

Esto sucedió durante mi último año de colegio y fué para buscar á un compañero de estudios, con el que me unía una íntima amistad, que visité varias veces la casa de esta niña. La primera, me encontré con una muchachita sentada en el umbral de la puerta, jugando con su muñeca. Tenía los cabellos ondulados, de un rubio ceniciento y de entre la gloria de crespos brotaba como una flor el rostro de color sonrosado; su naricilla respingada imprimía en él un aire picaresco, acentuado en aquel momento por una manchita de jalea que lucía en la punta de ella.

Me causó una sensación deliciosa: todos los niños sonrosados y que sonríen me la producen.

Con el tiempo nos hicimos amigos. Ella iba siempre muy modosa y limpia; se conocía que la habían acostumbrado á andar al cuidado del traje. Al llegar yo, corría á encontrarme; me gustaba verla levantar hacia mí su hociquillo riente y rojo y su pequeña nariz respingada.

Cuando la pregunté cómo se llamaba, me contestó: «Ana».—Bonito nombre tienes, pequeña. De hoy en adelante te llamaré Anita.—No me llame usted Anita, me suplicó muy seria. Dígame Ana, simplemente. Por aquí vive una chiquilla que pelea mucho conmigo y todos la llaman Anita; quiero ser Ana.

Luego me contó que mi compañero era su tío Joaquín, que tenía dos hermanos, uno que ya iba á la escuela y otro más pequeño que ella, ¡más malo y lindo! La madre era una mujer joven y bonita, de rostro que me pareció lleno de bondad.

—Tiene usted una preciosa niña, señora, la dije.

Me sonrió complacida y acarició á su hija que se agarró á su falda. Es un movimiento de los niños que me encanta. Hay en él todo un poema de ternura: él dice del amparo que ellos encuentran entre los pliegues ondulantes del vestido maternal. ¡Y pensar que á veces se equivocan! Si las madres vieran la confianza que flota en el ademán de sus hijos, al agarrarse á su falda, nunca dejarían caer su mano para maltratarlos.

Cuando estuve en casa, pensé con cariño en aquella joven madre y al pensar en el amor con que trataría á sus hijos, dije en un arranque de lirismo: «es una linda flor con tesoros de aroma y miel en su seno». Sin querer, comparé la vida que debían tener aquellos dichosos niños al lado de una madre tan joven, tan linda y en cuya faz sólo encontrarían sonrisas, con mi vida de chiquillo, en el caserón de mi tío, el rígido señor de C..., siempre vigilado por el rostro de mis tías, dos señoras derechas y tiesas, de rostros impasibles, de cuyas miradas majestuosas me hicieron temblar de pequeño y reir á hurtadillas de adolescente.

Esa noche me dormí sonriendo al recuerdo de Ana, agarrada á los pliegues del traje de su madre.

***

Una tarde me dirigí á casa de mi amigo. El crepúsculo envolvía la calle llenándola de melancolía. Era la hora en que las madres deshacen las camas de sus hijos que juegan frente á la casa. Ana corría con su hermanito en la media calle y sus gritos alegres iban como campanillas que voltejeaban entre la melancolía de la tarde. El pequeño cayó y se hizo daño en las piedras. Yo ví á la niña acudir á él y con el gesto amoroso de una madre en miniatura, besarlo y pasarle la mano por las rodillas doloridas. Me pareció tan encantadora, que deseaba cogerla entre mis brazos y besarla en la frente.

A los lloros, la madre salió presurosa y la oí gritar con voz descompuesta: ¿No te dije, Ana, que tuvieras cuidado del niño? Eres una poca pena. Y con mano despiadada pegó á la niña en la cabeza.

Mi dolorosa estupefacción fué inmensa. ¿Era aquella la dulce madre en que yo había soñado? ¿La madre á quien no podía imaginar sino sonriendo á sus hijos?

Ella se internó en la casa con el niño y Ana quedó en la acera. Al acercarme sollozaba amargamente, recostada en la pared y con el rostro entre las manos.

—No llores, Ana—la dije—acariciando sus bucles.

Pero no me contestó, y el recuerdo de sus sollozos, llenos de amargura, fué lo que esa noche me acompañó en mi cuarto de estudiante.

***

En otra ocasión me detuve al entrar, á la puerta de la habitación de la madre de Ana que estaba en ella con sus hijos. Jugaban los niños entre los muebles y ella parecía nerviosa con los movimientos de éstos. El chiquillo corrió á refugiarse en sus rodillas y ella lo levantó entre sus brazos con cariño. Ana entonces se colgó á su cuello y atrajo hacia sí la cabeza de su madre para besarla. Era un bello cuadro.

Pero la madre lo deshizo cruelmente. Con un movimiento de enojo desató el suave lazo que los brazos de Ana formaron en torno á su cuello y con acento grosero la dijo:

—¡Quita, que me fastidias!

La niña, avergonzada, se retiró tras las cortinas. ¿Qué pensamiento maltrataría su corazón? Casi lo adivinaba. Era éste. ¿Por qué á mí me rechaza y á mi hermano no?

Cuando salí, ya ni la madre ni el niño estaban en la sala, pero Ana continuaba todavía en el mismo sitio. Ya no lloraba; tenía los deditos introducidos entre las puntas del encaje de las cortinas y sus ojos enrojecidos miraban ante sí con aire de meditación.

¿Qué pensaría aquella cabeza de seis años?

***

Pero nunca me pareció tan cruel como este día. Estábamos en su cuarto mi amigo y yo: él escribía y yo dictaba.

Nadie sabía que nosotros estábamos en casa. Podíamos ver lo que pasaba en la habitación del frente á través de las cortinas de una ventana. La señora cosía en ella. Tenía la cabeza ceñida por una venda.

Debe estar enferma, pensé. Ví pasar á Ana saltando con su gran perro y penetrar en la habitación donde estaba su madre. Esta le ordenó sentarse «con formalidad». El perro continuó moviéndose delante de su amita. Con uno de los movimientos de la cola, derribó el endeble costurero que tenía la señora